



OBISPO DE CARTAGENA

Martes Santo

MISA CRISMAL 2026

Santa Iglesia Catedral de Murcia

Hermanos sacerdotes, con mi agradecimiento a los vicarios, arciprestes, párrocos, vicarios parroquiales, capellanes, a todos los sacerdotes mayores y a los enfermos.

Rezo por vosotros religiosos y religiosas.

Os saludo a todos los seminaristas mayores y menores

Mi gratitud a los laicos, al Consejo de Pastoral y a todos los que trabajáis en esta Iglesia por amor a Jesucristo.

Agradezco a TRECE TV y POPULAR TV el servicio de acercar a los mayores y enfermos esta Eucaristía, la Misa Crismal.

La paz con todos vosotros hermanos y hermanas.

Paz, paz, es la palabra que más deseo en este momento para todos los pueblos de la tierra, la paz que quiere nuestro Señor Jesucristo. En esta celebración de la Santa Misa Crismal los sacerdotes de la Diócesis han venido a concelebrar conmigo la Eucaristía, manifestando otro año más la comunión del presbiterio con su obispo y del obispo con su presbiterio, así como a renovar las promesas sacerdotales y a la bendición de los Santos Óleos. Os ruego que recéis por ellos cada día y querédlos, como ellos os quieren. Este es el mejor deseo para todos, porque es el mismo Señor Jesucristo el que nos lo pide en cada Eucaristía, la unidad y la paz, precisamente antes de recibirle en la sagrada Comunión. ¡Con Cristo todo es posible! Unidos siempre a Cristo nada tememos, si nos mantenemos como el sarmiento en la vid. La tarea de evangelizar nos la encomienda Dios cada día y necesitamos agarrarnos a la fe y a la esperanza para que nuestra misión dé el fruto que quiere él.

Gracias, Señor, por el hermoso regalo que hemos recibido: que somos fruto del amor, del amor de nuestros padres que nos concibieron y nos rodearon de un inmenso cariño incorporándonos en el seno de un hogar, de una familia; y el regalo que nos hace Dios cada día con su infinita misericordia y perdón, que nos ha incorporado en la familia de la Iglesia. ¿Os tengo que recordar en este día de Semana Santa que nuestro Señor nos ha amado con todo su ser dando la vida por nosotros para salvar al mundo? Jesús nos ha enseñado que el camino para realizarnos como hijos de Dios es guardando su Palabra y dando la vida también, como nos dice san Juan: «Quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud. En esto conoceremos que estamos en él. Quien dice que permanece en él debe caminar como él caminó» (1Jn 2, 5-6). Jesús es el Amor de Dios hecho hombre y nosotros somos unos privilegiados, «porque el amor de

Dios ha sido derramado sobre nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado» (Rom 5,5), nos recuerda san Pablo.

Hoy es una oportunidad muy grande para dar gracias por el privilegio de haber sido llamados por Dios para este ministerio santo y llevar al pueblo santo de Dios la Palabra y los sacramentos de la salvación, porque el mundo necesita ser reconciliado en el amor. El Papa León XIV nos dijo: «Solo en el Corazón de Jesús encontramos nuestra verdadera humanidad de hijos de Dios y de hermanos entre nosotros». Y nos invita con urgencia: «¡Sean constructores de unidad y de paz!» (León XIV, *Mensaje a los sacerdotes con motivo del Sagrado Corazón de Jesús*. 27 junio del 2025). No podemos olvidar que ya fuimos llamados por el Señor para esta misión urgente: «Promover la reconciliación y generar comunión». Esto es lo prioritario. Todos sabéis lo que significa ser constructores de unidad y de paz. Pero nos lo recuerda el Papa León: «1) Ser pastores capaces de discernimiento; 2) hábiles en el arte de recomponer los fragmentos de vida que se nos confían, para ayudar a las personas a encontrar la luz del Evangelio dentro de las tribulaciones de la existencia; 3) ser sabios lectores de la realidad, yendo más allá de las emociones del momento, de los miedos y de las modas; 4) ofrecer propuestas pastorales que generen y regeneren la fe, construyendo relaciones buenas, vínculos solidarios, comunidades donde brille el estilo de la fraternidad; 5) ser constructores de unidad y de paz no significa imponerse, sino servir. En particular, la fraternidad sacerdotal se convierte en signo creíble de la presencia del Resucitado entre nosotros».

Hermanos sacerdotes, tenemos por delante mucha tarea, una tarea de servicio que dé sentido al sí que le hemos dado al Señor y eso supone aceptar el sacrificio de la renuncia, sí, renuncia a todo lo que nos estorbe para cumplir la voluntad de Dios. ¿Estamos dispuestos a ello? Pues, mucho ánimo, pero «no le temáis a vuestra fragilidad: el Señor no busca sacerdotes perfectos, sino corazones humildes, disponibles a la conversión y dispuestos a amar como él mismo nos ha amado». Ya sé que son tiempos muy difíciles y que las seducciones del mundo que nos rodea son muy grandes, pero tenemos que confiar en el que nos ha llamado, porque nos ayudará a «educar la mirada y a ejercitarnos en el discernimiento, de modo que podamos percibir con mayor claridad lo que Dios ya está obrando, muchas veces de forma silenciosa y discreta, en medio de nosotros y de nuestras comunidades» (Papa León).

Las circunstancias de este tiempo no son para estar de brazos caídos, ni para huir resignándose, diciendo que ya no se puede hacer nada, porque necesitamos ponernos en pie y decirle al Señor: «Aquí estoy para hacer tu voluntad», como la Virgen María; son tiempos para una presencia fiel y para una disponibilidad generosa, porque tenemos la certeza de que Dios está obrando y va por delante con su gracia. Debemos hacernos visibles y coherentes, signos luminosos de Dios, responsables unos de otros, atentos a la vida del hermano para sostenernos en la fe y en la caridad. Esto no es un discurso para héroes, sino para personas de fe firme que han puesto su confianza en el Señor. Os voy a repetir las palabras del Papa León que dirigió a los seminaristas de nuestra Diócesis de Cartagena hace poco tiempo, casi un mes: «¿Qué podría haber más antinatural que un seminarista o un sacerdote que habla de Dios con familiaridad, pero vive interiormente como si su presencia existiera solo en el plano de las palabras, y no en el espesor de la vida? Nada sería más peligroso que acostumbrarse a las cosas de Dios sin vivir de Dios» (Papa León XIV, a los seminaristas de varios seminarios, 28 de febrero 2026).

Hermanos, tenemos la fortuna de haber sido testigos de la beatificación de un buen sacerdote, que fue de nuestra Diócesis, y ahora se venera en Huércal Overa, me refiero al Cura Valera. Es el modelo de un cura de pueblo, párroco austero y enjuto, que no protagonizó nunca fenómenos deslumbrantes, ni buscó sobresalir en nada especial, que no buscó protagonismos inútiles, ni famas efímeras, no, todo lo contrario, su firme decisión fue ser un alma para Dios y, por eso, buscaba el silencio, el recogimiento de la oración, la austeridad, la pobreza y salir raudo al encuentro de los hermanos que le necesitaban hasta dar la vida, olvidándose siempre de sí mismo; las puertas de su corazón estaban abiertas para todos los fieles que le fueron encomendados y su celo le llevó a cuidar a los más necesitados, a los pobres de solemnidad. El Señor lo fue modelando y movido por la fuerza del Espíritu Santo siguió a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz. Así, en el silencio del amor, iba construyendo el camino de la santidad como un regalo, un don de Dios, porque su decisión fue seguir las huellas de Jesucristo. Hoy es un modelo cercano para nosotros.

Demos gracias a Dios por los sacerdotes que este año se han incorporado al presbiterio diocesano: Gonzalo Portillo, Miguel Tovar, Abraham Martínez, Kacper Krzysztof, Ángel Johan Rodríguez y Enrique Belda. También por el sacerdote incardinado: Juan Jesús Candela García. Seguimos intercediendo ante nuestro Señor por los sacerdotes fallecidos este año: Narciso Dols, Isidoro Galán, Antonio Martínez Ruiz, Andrés Gallego y por nuestro hermano arzobispo, Francisco Gil Hellín. D.E.P.

Que san Fulgencio y el beato Cura Valera nos concedan la gracia de la alegría, buscar la santidad y ponernos en pie para decirle a Dios: «Cuenta conmigo, Señor». Amén.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena